El zarismo en tierra republicana

León Trotsky

10-12 de febrero de 1917

(Versión al castellano desde "Le tzarisme sur le sol républicain", en *La guerre et la révolution*, Segundo Tomo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 225-230.
Publicado los 10-12 de febrero de 1917 en *Novy Mir*)

La guerra ha puesto en el mismo plano a todos los gobiernos europeos. Se puede considerar a cada nación como a un gigantesco almacén al servicio de las necesidades del frente: hacen falta tantas toneladas de trigo, tantas de carne de cañón, tantas de comida de… cerdo. Pero, como se sabe, ese animal es refractario a la disciplina militar y no siente ninguna inclinación hacia los sacrificios de inspiración patriótica: necesita su ración tanto en tiempo de guerra como en tiempos de paz. El ser humano es otra cosa distinta: se le cuenta que es el rey de la creación y que intereses superiores exigen su inmolación en el altar de la divinidad capitalista que lleva por nombre patria; enseguida se le hace descender a una fosa sucia (la jerga militar llama a eso trinchera), y el rey de la creación se cubre en ella de piojos y mugre. Cuando llega su turno, se cava otra fosa en la fosa y se entierra el nuevo cadáver.

En las épocas revueltas, el hombre, a fuerza de pensar y luchar, estableció normas políticas e instituciones que, dentro de ciertos límites, garantizasen derechos públicos y una inmunidad personal. Pero esas leyes y esos derechos no valen ya nada en el interior del almacén que suministra la carne humana y también otros alimentos a la Gran Guerra "liberadora". El régimen republicano, Francia por ejemplo, le dice al soldado: "Estás llamado a defender ahora la herencia de tus padres, fruto de la Gran Revolución, de la República, de la Democracia, y para que Tú puedas cumplir Tu misión con éxito hay que privarte de Tus derechos y libertades personales, en una palabra, borrar de la superficie de la tierra la herencia democrática de Tus padres."

El primer paso en esa vía fue el establecimiento de la censura. Oficialmente debe prohibir la difusión de los secretos militares y diplomáticos. Pero también ha demostrado ser un instrumento de las camarillas dirigentes y sirve para garantizar su tranquilidad. Recuerdo cómo (en los Balcanes, en Belgrado y en Sofía) jóvenes ociosos travestidos de militares recortaban aquello que no les gustaba, en los comunicados y los comentarios políticos, con el pretexto de que habría "podido obstaculizar la guerra de la civilización contra la barbarie". Así es como se explicaba entonces la desenvoltura con la que las camarillas militaristas en el poder trataban los derechos públicos e individuales, por el retraso social de los países balcánicos en los que el parlamentarismo se apoya en el campesinado. "No, no, se decía en Europa, los gobiernos no tendrán esta facilidad para poner los pies encima de la mesa, aunque estén calzados con botas de guerra." Nos equivocábamos cruelmente. La guerra actual no se diferencia de la de los Balcanes ni por las mentiras oficiales, ni por su estupidez patriótica patente ni por su régimen político interno sino, simplemente, por sus dimensiones gigantescas. Como la guerra, en todos los dominios (económico, político y cultural), es un vuelta a la barbarie, no hay nada de sorprendente en que su dirección ideológica haya caído en manos del zarismo.

La historia del diario internacionalista ruso *Nache Slovo* suministra ejemplos típicos para caracterizar al régimen actual republicano y sus costumbres políticas. Me gustaría citar algunos aspectos, pues hay hechos más elocuentes que todas las conclusiones que se puedan sacar.

Nuestra primer conflicto serio con la censura data de los éxitos rusos en Galicia: se había tachado totalmente nuestra artículo necrológico sobre el conde Witte y, para colmo de los colmos, también el título, aunque éste se componía solamente de cinco letras: "Witte". Fui a explicarme con el censor. Hay que decir que en esa época este último no estaba muy orgulloso de su trabajo.

-No estoy personalmente por nada, me dijo el oficial "encargado" de nuestro diario; todas las directivas concernientes a vuestro órgano emanan del Ministerio de Asuntos Extranjeros. ¿No querrá hablar usted con alguno de nuestros diplomáticos?

Una media hora más tarde, en una sala del Ministerio de la Guerra, veía aparecer a un diplomático de cabellos blancos y aspecto impecable: todos saben que el aspecto impecable les es indispensable tanto a los diplomáticos como a los timadores.

-¿Puede usted explicarme por qué han tachado un artículo concerniente a un funcionario ruso retirado y, además, fallecido, y en qué puede esta medida afectar a las operaciones militares?

-Sabe usted que semejantes artículos *les* son desagradables, me dijo el diplomático inclinando la cabeza en la dirección de la embajada rusa.

-Pero es que, justamente, escribimos para ser*les* desagradables…

(El diplomático sonrió condescendientemente como si se tratase de una fina ironía)

-Estamos en guerra… dependemos de nuestros aliados.

-¿Quiere decir usted que el régimen interno de Francia está bajo el control de la diplomacia rusa? ¿Sus ancestros no cometerían tal vez un error decapitando a Luis Capeto?

-¡Vaya! ¡Está usted fuerte! No olvide que estamos en guerra.

Escuché esta respuesta clásica más de cien veces. Cuando las delegaciones iban a buscar a los ministros socialistas a propósito de los abusos de la censura, de la represión policial o de las ejecuciones de voluntarios rusos, éstos agitaban las manos, completamente igual que mi diplomático, y exclamaban: "¡Estamos en guerra!" Esta fórmula lo explicaba y perdonaba todo.

Hay que decir, sin embargo, que, durante el primer año de guerra (y el dialogo de más arriba es testimonio de ello), todavía podía observarse en los dirigentes franceses algunos restos de conciencia y pudor republicanos. La embajada rusa ayudó a los republicanos a desembarazarse de esos molestos sentimientos, en particular en lo concerniente a los refugiados políticos. Se extendían rumores que presentaban a los emigrados rusos como judíos germanófilos que trabajaban para Guillermo II. No solamente el gobierno, sino también los diputados, se mostraron muy permeables a esos rumores. Cuando el terreno estuvo suficientemente preparado, la embajada rusa organizó un atentado provocador cuyas consecuencias directas fueron el cierre de *Nache Slovo* y mi expulsión.

Desde lejos, desde Nueva York, el internacionalismo y el socialpatriotismo pueden parecer "dos matices" del socialismo. Pero de hecho, en Europa son dos enemigos mortales.

El socialpatriotismo encarna la reconciliación del socialismo con el poder que dirige eso que se llama la "defensa nacional". Pero el gobierno no es un principio que se pueda rechazar, es Poincaré, Briand, la policía, las prisiones, las persecuciones y los

agentes provocadores. Entonces, es necesario o rechazar todo esto en bloque o aceptarlo. Los socialpatriotas lo aceptan.

Cuando la socialista Luisa Saumoneau se entregó a la propaganda abierta contra la guerra, el ministerio la hizo arrestar tras algunas dudas. Esta decisión se tomó con la participación de Guesde y Sembat, y cuando un próximo a Guesde fue a interceder por Saumoneau, el ministro socialista cogió al infortunado por los hombros y le… enseñó la puerta. Este pequeño episodio dice mucho más sobre el ministerialismo socialista que muchas consideraciones de principios.

Es completamente natural que la represión policial se dirija ante todo contra los emigrados rusos: es la línea de menor resistencia. En ese sentido, los socialpatriotas rusos (en su mayor parte emigrados) le abren la vía a la policía. En el semanario parisino *Prisiv*, dirigido por Plejánov, tienen el hábito de imprimir que *Nache Slovo* se alegra de las victorias alemanas, que defiende los intereses pangermánicos y que en realidad no es más que un diario de desertores rusos a sueldo del estado mayor alemán. A la embajada rusa no le hace falta nada más que hacer llegar esas denuncias a las autoridades francesas. Y lo hace con todos los medios a su disposición. En la rúbrica de los anuncios del diario *Neprimirimy* figuraba la siguiente observación: "¿Qué diario es ese *Nache Slovo* que perjudica a las finanzas francesas criticando machaconamente nuestros empréstitos de guerra?" La embajada rusa había pagado por esa inserción publicitaria inspirada en los artículos de *Prisiv*. El Ministerio de Asuntos Extranjeros recibía cada día, gracias a la embajada rusa, traducciones de los artículos de *Nache Slovo*.

No se podían apoyar estas acusaciones de germanofilia con el hecho que nuestro diario estuviese sometido a la censura. Alguien se dio cuenta entonces de que el oficial que ejercía cotidianamente su perspicacia a costa de nuestros artículos era un colaborador de Hindenburg. La embajada rusa telefoneó al ministerio, éste llamó al censor y M. Chasles respondía invariablemente: "Hago todos mis esfuerzos". ¡Y el diario continuaba apareciendo aunque enarbolando a menudo bellas páginas en blanco!

Pero en septiembre de 1916 se suprimió el diario y se me comunicó mi expulsión. ¿Cuál era el motivo directo de estas medidas? Las autoridades francesas no dijeron ni una palabra sobre ello y sólo más tarde se reveló que ese motivo había sido suministrado por una gigantesca provocación organizada en Francia por las autoridades rusas.

Cuando del diputado Jean Longuet visitó a Briand (por propia iniciativa) para protestar contra mi expulsión, el Primer Ministro le respondió: "¿Sabe usted que se ha encontrado *Nache Slovo* en poder de los soldados rusos que, en Marsella, mataron a un coronel?" Longuet no se lo esperaba. Conocía la orientación "zimmerwaldiana" del diario y mi trabajo entre los internacionalistas franceses, pero la muerte de un coronel golpeó su patriotismo respetuoso con las jerarquías. Longuet quiso informarse cerca de los zimmerwaldianos (y cerca de mí también, pero yo no sabía del asunto más que él).

Los corresponsables de la prensa burguesa rusa se mezclaron en el asunto (esos patriotas encarnizados, enemigos por principios de *Nache Slovo*) y explicaron las circunstancias del asunto de Marsella. Éste mereció haber tenido mayores repercusiones.

Desde que desembarcaron en Francia destacamentos rusos, bautizados "simbólicos" a causa de sus pobres efectivos, la embajada rusa movilizó a todos los espías disponibles. Numerosos de estos últimos son etiquetados oficialmente como "interpretes", pero muchos oficiales rusos se han quejado ante los periodistas de que esos intérpretes les hacen la vida imposible.

¿Qué grado podía tener cierto Vining, destacado en el ejército ruso en Francia? Lo ignoro, pero sé que, por el contrario, no puede ser intérprete pues ignora el francés. Pero el hecho sigue siendo que fue enviado por el cónsul ruso de Londres a su colega de París con una carta de recomendación cuyos términos son estos: "El portador de esta carta, M. Vining, estuvo anteriormente mezclado con asunto políticos [léase: revolucionarios]. Pero desde entonces se ha rehabilitado completamente ante nosotros. Ayúdele a encontrar una posición entre las tropas rusas en Francia. Conoce a X…"

A penas recién llegado al terreno de sus futuras actividades (provocaciones entre los soldados rusos enviados a morir por la república), Vining intentó hacer entrar en su juego a los corresponsales de la prensa liberal. Visitó al corresponsal del diario moscovita *Ruskoe Slovo*, Sr. Werner, periodista muy alejado de las ideas revolucionarias, y, con la patanería del soplón de tercera clase, le desveló su plan: entrar en el ejército ruso para dedicarse a la "propaganda revolucionaria". Como no levantaba ningún entusiasmo en su interlocutor, Vining se puso a vanagloriarse de sus relaciones oficiales y echó mano de la carta de recomendación que llevaba en el bolsillo, y que estaba escrita por el cónsul londinense (escrita en francés). El imbécil comprendió que así se desenmascaraba completamente. Rechazado por los periodistas, Vining se fue a Tolón donde obtuvo cierto éxito entre los marineros rusos que tenían menos facilidades para reconocer su "je…ta" de soplón. "Aquí el terreno es muy favorable; envíeme usted folletos y periódicos revolucionarios", escribió Vining a los periodistas; pero no recibió ninguna respuesta. A bordo del crucero Askold estalló una revuelta de inspiración revolucionaria; fue reprimida a costa de numerosas víctimas. Vining juzgó adecuado presentarse en Marsella. Allí el terreno no podía ser más favorable pues las tropas rusas estaban sometidas al "régimen patriótico" (régimen en uso en Rusia) y se arriesgaban a castigos corporales (varas); nada sorprendente, pues, que esas tropas se mostrasen receptivas a la propaganda y maniobras de provocación. Estalló un motín durante el cual un grupo de soldados lapidó al coronel Krause. El cacheo llevó al descubrimiento de un ejemplar de *Nache Slovo* en cada uno de los soldados incriminados.

A los periodistas rusos llegados a Marsella para informar, numerosos oficiales rusos les plantearon esta pregunta:

-¿Cuáles son sus relaciones con *Nache Slovo*?

-No tenemos ninguna. ¿Por qué?

-Porque cierto Vining distribuye ese diario: "¡en abundancia!".

Así "preparaba el terreno" Vining, dedicándose a una actividad provocadora entre los soldados llevados al paroxismo de la exasperación por el régimen disciplinario y la perspectiva de perecer en tierra extranjera, después distribuía nuestro periódico una vez había estallado el drama.

En mi "Carta a Jules Guesde"[1] yo ya emitía la suposición de que *Nache Slovo* fue entregado a los soldados en el momento oportuno por el agente provocador. Esta suposición quedó confirmada más deprisa de lo que yo pensaba.

Es necesario decir que Vining no actuaba por propia iniciativa: había recibido sus consignas de los cónsules en Londres y París. Es fácil captar el objetivo de esta táctica: los agentes de la diplomacia zarista tenían que demostrarle al gobierno Poincaré-Briand que si Francia deseaba tener la ayuda de las tropas rusas debía terminar lo más deprisa posible con el nido de los revolucionarios rusos. Cierto, ¡era necesario sacrificar a un coronel!... Pero ¿acaso eso no forma parte de los sacrificios indispensables para cualquier empresa? En cualquier caso se alcanzó el objetivo. El gobierno francés, que hasta entonces dudaba, prohibió *Nache Slovo* y el Ministro del

[1] Ver en estas EIS: "Carta a Jules Guesde".

Interior, Malvy, uno de los jefes del Partido Radical, firmó mi decreto de expulsión (preparado desde hacía ya mucho tiempo por el Prefecto de Policía).

Gracias a la previsión y buen saber hacer de Vining y sus patrones, Briand tenía argumentos perentorios contra cualquier intervención parlamentaria. Briand sólo respondía con esta pregunta: "¿No sabéis pues que cada soldado asesino tenía en su poder un número de *Nache Slovo*?" Esto es lo que Briand respondía a los diputados socialistas Longuet y Moutet y al presidente de la comisión parlamentaria de asuntos extranjeros, el antiguo ministro Leygues. Este argumento producía un efecto mágico, aunque *Nache Slovo* fuese un diario autorizado por la ley, sometido a la censura y de venta en todos los quioscos. Pero pronto se conocieron los detalles del asunto en los círculos parlamentarios. Determinados diputados de izquierda se conmovieron. El Ministro de Educación Nacional, el sabio tan conocido Painlevé, exclamó: "Es una vergüenza… el asunto no puede quedar así…" Pero nadie se atrevió a llevar el caso ante el gran público. Era "antipatriótico" desvelar a la luz del día la verdadera naturaleza del "liberador" Vining.

Por lo demás, es muy posible que alguno de ellos haya hablado de mi expulsión durante una sesión secreta del parlamento. No tengo ninguna información al respecto.

Entonces yo estaba encerrado en la cárcel de Madrid donde me había enviado la policía de Alfonso XIII siguiendo las directrices enviadas por los policías de Nicolás II y Poincaré.

Edicions internacionals Sedov

Núcleo en defensa del marxismo

Germinal

germinal_1917@yahoo.es